Con-Textos

Rodro Mtnez

Capítulo 1

EL HOMBRE DEL ESPEJO

El hombre del espejo por fin se ha vuelto un extraño, ya no me representa a mí, sino a un ser irreconocible abandonado desde otro tiempo, alguien enloquecido por un ayer incierto, tan fuera de su alcance que en sueños lo añora sin apenas saberlo.

Al margen del presente, que le repudia como si no pudiera digerirle, y frente a un turbio mañana que aguarda desencantado, ¿por qué intentar asomarse, una y otra vez, a aquel reflejo vacío que le rehúye?

Pues por los instantes que compusieron una vida, por la melodía añeja de aquel baile eterno, por ese petricor estival con sabor a nostalgia, por el regusto inmarcesible de tal beso, por cada recuerdo, todos veleidosos e imprevisibles aunque mágicos a su peculiar manera, como un céfiro helado bajo la vieja luz de aquella farola de barrio, con esa anaranjada calidez donde el parque de siempre, cuando la felicidad se antojaba profundamente inevitable...

Sin embargo, hoy languidecen los retales de entonces: la nada. El vitrificado azogue le escupe reverberante hacia lo desconocido, ante un enjambre de rostros llorosos y ajenos que alguna vez pudieron significar algo:

—¿Quiénes sois?

—Somos nosotros, papá...

FIN

Capítulo 2

UNA LUZ GÉLIDA

Cuánta placidez en la viscosa oscuridad de mi letargo, tan sublime que me encuentro casi flotando, desnudo, con el sepulcral silencio de la mente en blanco, como haciéndome a fuego lento. Arropado por el caliente baño del tiempo quieto, permanezco inmutable, ataráxico, hecho un ovillo de calma, alimentándome del sueño y de la nada, sólo latiendo...

Mi sosegado lecho, envuelto en la serenidad de lo inmaculado, apenas agita su marea con la levedad de un suspiro, incapaz de desvelarme; sin embargo, de pronto ya no me siento buceando, ni en la mansa soledad de mi burbuja, ahora rompo a tiritar. Una luz gélida me duele y me invade, me arrastra hacia un enjambre ruidoso e insufrible. Quiero regresar, pero no puedo. Lloro de miedo. Algo extraño me llena el pecho, como un aire helado que me azota la piel mientras mi vientre sangra entre multitud de manos... Chillo a la claridad borrosa pero voy cayendo rendido, agotado...

Cuando despierto, limpio y apacible, me desperezo percibiendo una suerte de calor nuevo, diferente a todo lo conocido, piel con piel, además de un eterno aroma a dulces caricias. Me gusta. Al suave abrigo de unos acogedores brazos —desde su seno mullido hasta la comodidad del regazo— bajo el sufrido brillo de un rostro resplandeciente, descubro unos ojos que me sonríen una promesa indestructible:

—Bienvenido al mundo, hijo mío. Mamá nunca dejará de quererte...

FIN

Capítulo 3

LA LLEGADA

Las sombras aparentaban deslizarse con sigilo fantasmagórico, enredadas al susurro de la soledad; entretanto, el segundero de un viejo reloj iba marcando el paso de las estrellas que relucían sentenciadas a la promesa del alba, su brillo apenas resistiría unas horas. Aquel tictac cansino levitaba por el salón como si nada, casi sin querer quebrar la maldita paz del desvelo. De repente, desde la entrada, un sonido seco atravesó el salón como un espíritu, el cerrojo había saltado y la cadena repiqueteaba arañándose contra la madera. Las bisagras restallaban roncas hasta que la puerta simuló cerrarse con inusitada suavidad, entonces una corriente invisible hizo estremecer los cristales durante milésimas. Pisadas lentas e imprecisas crujían la madera del parqué, arrastrando consigo una respiración agitada que reverberaba por todos los rincones, cada vez más y más cerca.

—Buenos días —dije con voz glacial—, vaya horitas de llegar.

—Perdí el último metro, papá —balbuceaba torpemente con su mirada etílica rehuyéndome. Apestaba a culpa.

—Duerme la mona, ya hablaremos mañana...

Todas las noches el mismo recuerdo, todavía pendiente de su llegada para lograr dormir; sin embargo, hacía años que esperaba en balde: nunca debí haberle dejado las llaves del coche.

FIN

Capítulo 4

ALGODÓN

Papi siempre estaba enfadado conmigo, también con Mami... Gritaba mucho y era muy pegón. Una vez me dio tan fuerte que llorando de rabia cogí al *Señor Oso* y con las tijeras del cole le rajé el buche. Descubrí magia: nubes tan blanquísimas como la barba de *Papa Nöel*. Sólo dejé su piel de peluche mientras aquello flotaba por mi cuarto. Soñaba con él cada noche, lo ponía dentro de mis orejas para no oír los gritos de Papi, otras veces se lo daba a Mami para que secara sus lágrimas. Siempre encontraba un poquito, en la *Coneja Fluppy*, en *Mapachito*, en *Ana la Rana* ...

Un día Papi y Mami chillaban tan fuerte que me asusté. Me escondí bajo la cama en busca de nieve suavita, pero nadie en mi habitación tenía más por dentro. Salí despacito, no se oía nada, Papi dormía al lado de una botella vacía, ¿y Mami? Sin ella tenía tanto miedo... ¿Papi...?

En cada ronquido su tripa se hinchaba igual que un sapo, entonces tuve una idea. Encontré lo que quería en la cocina, después volví, me subí a su barrigota y levantando el cuchillo me dije:

—¿A ver tu magia, Papi?

FIN

Inspirado en el relato *"Pelusa" de Tomás Prieto.